

“AMAR A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS”

Mandamientos de la Ley de Dios

Objetivos

- Manifestar que el seguimiento de Jesucristo implica cumplir los mandamientos
- Amar al Único Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.
- Amar a tu prójimo como a ti mismo

Un maestro de la Ley le pregunta a Jesús: **¿Qué mandamiento es el primero de todos?** Jesús le contesta: **El primer mandamiento es: Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es un único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu corazón, con toda tu inteligencia y con todas tus fuerzas.** Y después viene este otro: **Amarás a tu prójimo como a ti mismo.** No hay ningún mandamiento más importante que éstos. (Mc, 12, 28-30)

Introducción

Queridos hermanos, al iniciar el nuevo curso, el Ministerio Nacional de Formación ha visto la necesidad de recordar este gran mandamiento: “Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo”. Todo cristiano conoce este mandato, pero ¿lo practicamos? Por si se nos hubiera olvidado algún detalle, diremos que, Dios nos amó primero a nosotros y que tenemos que corresponder a su amor como Él nos dice: **con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu inteligencia y con todas tus fuerzas.**

Pero ¿Quién es Dios y quien es el hombre?

Dios se presenta a Moisés como el que Es:
YO-SOY YAVÉ.

Siendo Dios el primero, no tiene que presentarse, se impone al espíritu del hombre por el mero hecho de ser Dios. En ninguna parte se supone un descubrimiento de Dios, un proceder progresivo del hombre que le conduzca a establecer “su existencia”. Conocerle es ser conocido (Am 3,2) y descubrirle en la raíz de la propia existencia; huir de él es todavía sentirse perseguido por su mirada (Gen 3,10 Sal 139,7). (Vo. de Teología Bíblica X León – Dufour)

Dios es el Alfa y la Omega, principio y fin de todas las cosas creadas. Él es Único y Eterno:

*En el principio era el Verbo (la Palabra),
y el Verbo estaba ante Dios,
el Verbo era Dios. Él estaba ante Dios en el principio.
Por él se hizo todo, y nada llegó a ser sin él.
(Jn,1,1-3)*

*En el principio, cuando Dios creó los cielos y la tierra,
todo era confusión y no había nada en la tierra.
(Gn 1,1-2).*

Donde encontrar a Dios

En la Biblia se nos dice: “**Buscarás al Señor, tu Dios, y lo encontrarás si lo buscas de todo corazón**” (Dt 4,29). **Dios siempre nos está buscando.** Busca al que está lejos y al que está junto a él. Pero sólo se deja encontrar por quien, sostenido por su gracia, lo busca de todo corazón. Sólo habita allí donde se le deja entrar. De ahí la promesa de Jesús: “**Buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque... el que busca, halla; y el que llama, se le abrirá**” (Mt. 7,7-8)

*Todo lo que se puede conocer de Dios lo tienen el
hombre ante sus ojos, pues Dios se lo manifestó.
Lo que Él es y que no podemos ver ha pasado a ser
visible gracias a la creación del universo,
y por sus obras captamos algo de su eternidad,
de su poder y de su divinidad.
(Rm 1, 19-20)*

El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador (GS 19,1).

Creador del cielo y de la tierra

Nuestra fe nos lleva a creer que Dios es el Único, que es Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra y que todo lo creó de la nada; esto significa que no pongo en duda lo que Dios me revela, que me fío de Él, que me adhiero a Él acogiendo su Palabra como único camino de salvación.

También confieso a un Dios que me precede, que está antes que yo y antes que cualquier criatura, y no

hay lugar a dudas en su palabra, porque sus promesas se han cumplido durante toda la historia de la salvación, y que esta historia de salvación es la de cada persona y la de toda la humanidad.

El hombre creado a imagen y semejanza de Dios

El hombre es *creado a imagen y semejanza de Dios*, (Gn 1,27); *modelado con sus manos del barro de la tierra, luego Dios sopló en su nariz un aliento de vida, y el hombre tuvo aliento y vida.* (Gn 2,7)

El aliento de Dios es vida, por eso el ser humano tiene vida eterna y la dignidad de *persona*; no es solamente algo, sino alguien capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y de entrar en comunión con otras personas; es llamado, por la gracia, a una alianza con su Creador, a ofrecerle una respuesta de fe y de amor que ningún otro ser puede dar en su lugar. (CIC 357)

Dios puso al hombre, en el jardín del Edén dándole un precepto: *no comerás del árbol de la Ciencia del bien y del mal. El día que comas de él, ten la seguridad de que morirás.* (Gn 2, 15-17). El mandato, expresa el hecho de que el hombre no es dueño absoluto de su propia vida, sino criatura limitada, dependiente de Dios.

Con el primer pecado, se introduce el desorden en el interior del hombre que queda herido escondiéndose de la presencia de su creador, dueño de la vida, y que sólo tendrá remedio con la venida del Nuevo Adán (Rom 5, 19). Dios se compromete con el hombre y anuncia **la victoria final en la lucha contra Satanás.** (Gen 3, 15).

Reflexión

A partir de esta reflexión, podemos considerar la necesidad que tiene el hombre de ser guiado y conducido por los mandamientos de Dios. No es una imposición caprichosa el poner por obra su mandato, no es un castigo; todo lo contrario, es la respuesta de fe, que el hombre da a la Alianza que Yavé hace con el pueblo elegido.

*Vosotros seréis mi Pueblo y Yo seré vuestro Dios.
Y ahora, Israel, escucha las normas y los
mandamientos que yo te enseño,
para que los pongas en práctica. Así vivirás, y
entrarás al país que te da Yavé,
Dios de tus padres, y tomarás posesión de él.*
(Dt 4)

Poner en práctica este mandamiento, es un bien infinito para cada persona y para toda la humanidad: **Así vivirás, y entrarás al país que te da Yavé.** El hombre tiene deseos de felicidad, de tener una vida mejor; su corazón no se equivoca, cuando tiene hambre y sed de Dios aunque él no lo sepa, y no encontrará la paz en su corazón hasta no haber encontrado a su salvador.

Jesús nos hace una llama de atención diciendo:

***Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida,
nadie va al Padre sino por mí.
Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré.
"Si me amáis, guardaréis mis mandamientos".***
(Jn 14, 6)

El amor recíproco parte de la confianza y obediencia; esta es la exigencia del Señor con su pueblo, con cada uno de nosotros. Amar supone guardar los mandamientos en un abandono y dependencia vital, del que todo lo puede y que es expresada en forma de obediencia como ley natural del hombre.

Jesús responde al joven rico

*¿Qué he de hacer para ganar la vida eterna?
Jesús enumera los mandamientos de la ley de Dios,
a lo que el joven responde "Maestro, todo esto lo he
cumplido desde mi juventud". Jesús fijando su mirada
en él, lo amó, y le dijo: "Una sola cosa te falta:
Anda, vende cuanto tienes, dáselo a los pobres, y
tendrás un tesoro en el cielo; ven y sígueme". Al oír
estas palabras se fue triste; tenía muchos bienes".*
(Mc 10, 17-22)

Este hombre tuvo la virtud de reconocer al Maestro como su preceptor para ganar la vida eterna; tenía muchas ventajas respecto de otros que no lo reconocieron: era un cumplidor de la ley.

Ser cristiano no es cuestión de cumplimientos; es necesario escuchar y responder a esa llamada constante que el Señor nos solicita: *despójate de tus riquezas, "deja todo lo que te sobra y dificulta para seguirme".* Deja tu tierra como lo hizo nuestro padre Abrahán, en la confianza de que Dios te iluminará en el camino y te dará la tierra prometida.

*Escucha, Israel: Yavé, nuestro Dios, es Yavé-único.
Y tú amarás a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón,
con toda tu alma y con todas tus fuerzas*
(Dt 6, 4)

Hoy el Señor te pide que grabes en tu corazón los mandamientos que te entrega, para que se los

repitas a tus hijos, a tus familiares, cuando estés en casa o de viaje, cuando te acuestes y cuando te levantes.

Hoy el Señor te habla a la mente y al corazón: *Escucha, hijo mío, Escucha hija mía, y cuida de poner en práctica lo que ha de traerte felicidad y prosperidad, es la única forma de entrar en la tierra que mana leche y miel, como lo prometió Yavé, Dios de tus padres.* (Dt 6, 3)

Cuando el Señor nos pide que le escuchemos es porque no lo escuchamos, no nos damos por enterados de lo que Él nos pide poner por obra. El primer mandamiento es escucharle, y si afinamos el oído, veremos cómo nos dice: **No bastará con decirme ¡Señor!, ¡Señor!, para entrar en el Reino de los Cielos:**

Si uno escucha estas palabras mías y las pone en práctica, dirán de él: aquí tienen al hombre sabio y prudente, que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y se arrojaron contra aquella casa, pero no se derrumbó, porque tenía los cimientos sobre roca. (Mt 7, 21-25)

Cristo es nuestra Roca y columna firme donde construir nuestra fe, sin Él no podemos hacer nada. Amar a Dios no es un mandamiento más, implica que desde mi libertad, y atraído por su gracia me dejo cautivar para dejarme amasar, como el barro en las manos del alfarero, y así mi vida será transformada por su santo su Espíritu, que me acerca a Jesús como mi único Dios, mi único salvador, mi único Señor.

El Espíritu de Jesús me llevará al descubrimiento de la verdad completa, y no podré hacer otra cosa que amarle y servirle con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi mente, con todo mi ser. Esta entrega generosa a su llamada, me dará la felicidad y prosperidad, como lo hizo con el Pueblo de Israel, librándole de la esclavitud de Egipto y entregándole la tierra prometida.

Amar a Dios quiere decir que no tendré otros dioses que me esclavicen y me separen de Él, que lo amaré más que a mis seres más queridos, o a mis bienes materiales; que toda mi vida la someteré a su voluntad, que me olvidaré de mi mismo para hacer lo que a él más le agrada: Poner por práctica su Palabra.

Escuchar su Palabra y ponerla en práctica, requiere dedicar lo mejor de mi inteligencia a conocerlo, toda mi voluntad para seguirlo, todo mi amor en encontrarlo dentro de mí y en cada ser humano.

Adherirse a Jesús significa vivir en su presencia, reconocer quien soy, a qué he sido llamado y cual es la misión que Él me pide realizar: adorarle, glorificarle y pedirle ayuda para serle fiel con un compromiso de servicio hacia todo su creación, **y con especial interés por el hombre hecho a su imagen y semejanza.** Es condición para que el Señor salte de gozo. Al verte a ti y te renovará su amor. Por ti danzará y lanzará gritos de alegría como lo haces tú en el día de la Fiesta. (Sof 3, 17)

Dios acompaña al hombre y le enseña a caminar

Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Pero mientras lo llamaba, más se alejaba de mí, ofreciendo sacrificios a los baales... Yo, sin embargo, le enseñaba a andar a Efraím, sujetándolo de los brazos, pero él no entendió que yo lo cuidaba. (Os 11, 1-3)

Si examinas tu propia vida, comprenderás, cómo Él ha conducido y guiado tus pasos con amor de Padre, librándote de grandes peligros y sacándote de la esclavitud que tú mismo has elegido como respuesta de indiferencia a su llamada. Dios quiere darte una existencia plena, pretende establecer un diálogo de amor contigo, a través de sus mandamientos; de ti depende la libre adhesión a su voluntad.